

lo mejor. A mí me gusta el diseño de la colección, la diseñadora es buena diseñadora. Sin embargo, no deja uno de advertir la cercanía entre el formato y el color de esta y el de la colección Visor de poesía, una de las más reconocidas en el ámbito de la lengua castellana. No está mal, desde luego, pero ¿será que esa es la única forma de diseñar una colección de poesía? Y, de otro lado –aunque del mismo– el invento de las letras verticales en la carátula, no ayuda mucho a la lectura, hay que torcer el cuello como hacen los pájaros a los que se les está enseñando una tonada en una jaula, o como si se estuviera comiendo un jugoso taquito al pastor. Por lo demás, no estamos acostumbrados en nuestra lengua a que se nos ponga a leer de manera vertical como si estuviera escrito en mandarín. Nada grave, ya dije, la colección es bonita, pero habría que hacer esas observaciones. Lo que sí es fatal, me da mucha pena, y en este caso, patético, es el retrato del autor en la solapa. ¡Ese dibujo del pobre Elkin Restrepo francamente no lo favorece para nada! Esa chaqueta rígida con esa corbata que –dicho sea de paso nunca se ha puesto Elkin– son de lo menos natural que se haya visto. Lo mismo que la expresión de la cara, nada que ver como dice un sobrino mío que habla en jerigonza. Yo diría que si no se cuenta con unos dibujos con gracia, con unos retratos que reflejen al autor, siempre es preferible una fotografía. No quiero ser grosero con la dibujante que hace el dibujo en este tomo, pero le recomendaría de manera muy respetuosa ejercitarse, soltar la mano. Todas estas observaciones, en todo caso, son superfluas y lo que hay que celebrar es que haya sido editado de nuevo este libro de Elkin Restrepo. Cruzemos los dedos para que en la Universidad Nacional de Colombia, como en la Universidad Autónoma de México, por poner un solo ejemplo, haya un comité sensible que continúe con una política editorial seria, coherente y duradera.

Fernando Herrera Gómez

Una voz breve y con sentido

De agua y silencio

LUZ ANDREA CASTILLO

Universidad Industrial de Santander, Colección Generación del Bicentenario, Bucaramanga, 2010, 75 págs.

DE AGUA y silencio es el número nueve de la Colección Generación del Bicentenario de la Universidad Industrial de Santander. Su autora, Luz Andrea Castillo, nació en 1983 en San Andrés (Santander). Este es el tercer libro que publica.

Muy pocas veces en el desbordado torrente de la poesía colombiana se puede apreciar una voz. Cientos de miles de poetas brotan como palomitas de maíz de la crispetera incontenible de la poesía y esa profusión hace que sus voces, silbos, gritos y estridencias se conviertan en un ruido tumultuoso en el cual es difícil reconocer o apreciar algo.

El secreto de Luz Andrea Castillo es, precisamente, su silencio. La concentración de sentido y la capacidad de ser íntima sin ser patética.

La decisión de no explicar, de no decir más que lo justo para transmitir imágenes, sensaciones, ideas.

Sus poemas no tienen título ni numeración. Parecen dispuestos en las páginas como objetos preciosos para ser observados, para ser repensados, releídos o simplemente para verlos, con la alegría con que se mira un fulgor en medio de la noche.

Pesa la vida como el agua
y anhelas la muerte
como una manta para el frío

[pág. 59]

Por la voz
va herida
la palabra

[pág. 43]

Demasiados ojos
hicieron nido
en su rostro

[pág. 53]

Él vendrá

tomaré agua
bailaré descalza

Toda mi alegría antes de que vuelva

y cuando lo tenga
justo cerca de mí
fingiré no mirarlo

[pág. 17]

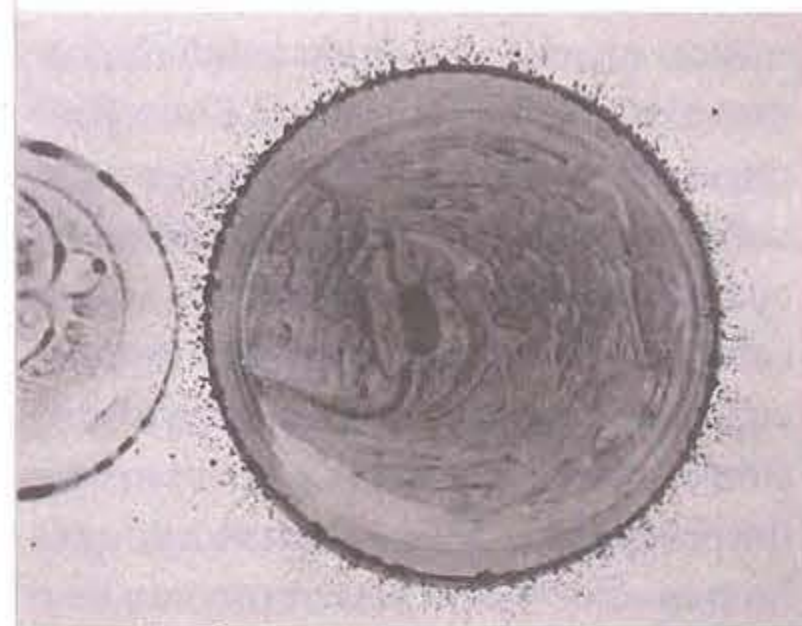
Sobre sí mismo
se cierra el charco

mágico
se atrapa
y desaparece

[pág. 21]

También recuerdo otro poema suyo que decía:

y el corazón
que toca y toca y toca
en la puerta de la vida
y la muerte es la que abre



Brevidad y sentido. Dos palabras que bien podrían definir el carácter de la poesía de Luz Andrea Castillo. Sus ideas son claras y la ejecución precisa.

Conforta ver que hay nuevas voces. Quiero creer que esta poesía es una paloma de maíz que saltó de la crispetera, y debo confesar que fue feliz el hallazgo de este lector, que en tan breves líneas ha encontrado tanto.

La poesía tiene la cualidad de concentrar sentido, de dar a las palabras potencias inauditas, de inocular un nuevo vigor al lenguaje. Nos sacude la poesía cuando revela, cuando permite ver el complejo juguete que somos.

En este tiempo de autores y en el que la cantidad apabulla la calidad, sea bienvenido el esfuerzo de la UIS. Es recomendable, eso sí, cuidar mejor la edición de los libros.

Y a propósito de “los demasiados libros”, Ramiro Montoya escribió:

Es posible que la facilidad de escribir, editar e imprimir libros sea una de las peores endemias que hayan caído sobre la especie humana, creando con la abundancia libresca graves distorsiones a la difusión del pensamiento, disfrazando con la buena presentación editorial, la mala calidad del contenido y socavando la libertad que trajo el alfabetismo.

También es pertinente preguntarse por la labor de la crítica apabullada por el *tsunami* incontenible de los libros que se publican.

Una pregunta sería: ¿cuántos libros notables no son objeto de una reseña, y cuántos pésimos libros son leídos y reseñados cada día? Leer un mal libro toma más tiempo que leer un buen libro. El oficio de la crítica consiste en buscar otros ojos para que gocen lo que vieron sus ojos.

José Zuleta Ortiz

Dotación teatral bogotana

Teatros de Bogotá. Escenarios de un patrimonio efímero

YOLANDA LÓPEZ CORREAL

Y MAURICIO URIBE GONZÁLEZ

(investigación y textos)

Alcaldía Mayor de Bogotá,

Orquesta Filarmónica de Bogotá,

Bogotá, 2010, 171 págs.

SI SE quiere resumir en unas cuantas palabras el contenido de este libro, desde su portada hasta la última hoja, se podría decir que es una radiografía de la infraestructura teatral bogotana, tomada en 2009. Igualmente, se podría acotar que se trata de un inventario realizado por Yolanda López y Mauricio Uribe de los teatros estables de Bogotá. Y subrayo la palabra *estables* porque a lo largo de los últimos decenios se han estable-

cido, de manera transitoria, en sitios no convencionales, algunas agrupaciones. La capital, así mismo, cuenta con agrupaciones y compañías que tienen una sede para ensayar y para funciones con público limitado, aunque para representaciones de mayor difusión o de repertorio acuden a los teatros de los cuales se ocupa esta publicación.

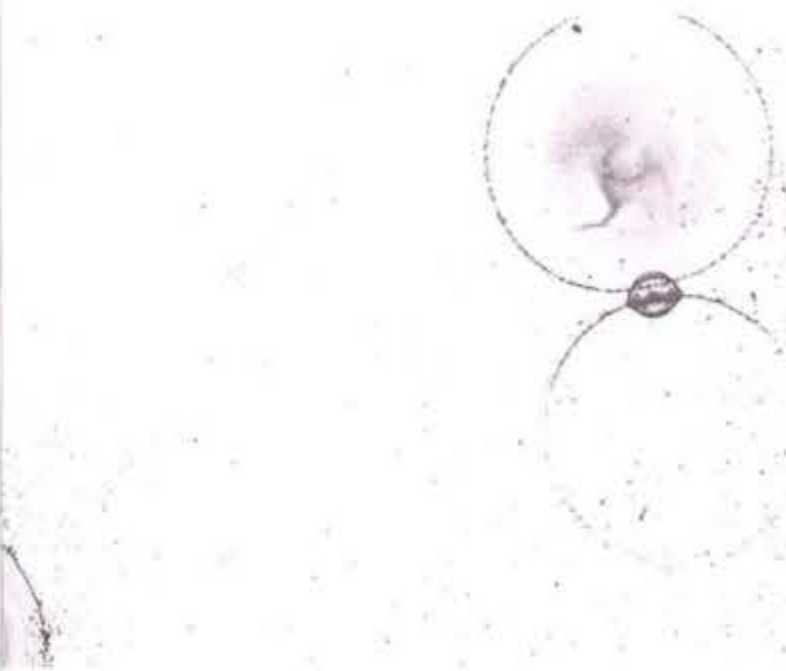
Ahora bien, quienes vivimos en Bogotá estamos acostumbrados a ver en las zonas céntricas los teatros de siempre, los más reconocidos, y causa grata sorpresa comprobar a través de las páginas de este libro la existencia de unos cuantos teatros ubicados, por ejemplo, en el suroriente o en el suroccidente de la ciudad, con un director encargado de la actividad artística y con programación durante todo el año. Dichos espacios son bastante desconocidos para la mayoría de los habitantes de esta inmensa urbe, pero están allí, pequeñitos, enclavados en una fría montaña, rodeados de árboles y plantas o en populosos barrios como Tunjuelito, Bosa o el Perpetuo Socorro, entre otros.

La obra inicia con un artículo del maestro Carlos José Reyes, el cual hace las veces de prólogo y proporciona un marco histórico al recuento posterior de los autores. En dicho escrito, el maestro Reyes prolonga hasta hoy la línea historiográfica iniciada a mediados del siglo XIX, la cual sostiene que el primer teatro santafereño, el viejo Coliseo Ramírez, fue diseñado (o construido) por el Comandante de Artillería, ingeniero Domingo Esquiaqui –perteneciente a las milicias del rey de España–, durante su permanencia en la capital del virreinato. Mientras otros estudiosos del mismo siglo dudan sobre esta intervención por varios motivos, entre otros, porque en el informe final de Esquiaqui cuando regresa a su plaza, que era Cartagena de Indias, no figura dicha labor y porque es a él a quien el virrey encarga de comprobar la seguridad del recién construido Coliseo, de manera que la población no corriera riesgos. Por tanto, él no podía haber estado involucrado como juez y parte.

Otra afirmación que ha venido prolongándose desde comienzos del siglo XX, a partir de los estudios de José Vicente Ortega Ricaurte, es la de que Bruno Maldonado compró el Coliseo

en 1840, momento en el cual fue remodelado y pasó a llamarse Teatro Maldonado. Esta fecha citada por Ortega, al parecer corresponde a una confusión suya con la fecha de nacimiento de Maldonado, pues en dicho año de 1840, el propietario del Coliseo era Juan Manuel Arrubla. La transacción de compraventa del edificio fue realizada por Maldonado en 1871, como la registró en su momento la prensa periódica y los historiadores decimonónicos, y como figura en la escritura correspondiente, divulgada en tiempos modernos por Ernesto Cantini Ardila, en su libro *Pietro Cantini: semblanza de un arquitecto* (1990).

El escrito del maestro Reyes proporciona, además, información sobre algunas salas abiertas antes de la segunda mitad del siglo XX. A partir de este punto el libro se divide en dos partes y dentro de ellas los edificios teatrales están considerados en orden cronológico, desde la década de los años sesenta hasta los últimos que se han abierto en fechas recientes. Una corta reseña, acompañada de fotografías en color, informa sobre el origen y trayectoria de cada teatro. Las fotografías tienen la misión de dar testimonio de fachadas, escenarios e interiores de la salas con su silletería.



La primera parte titulada por los autores “De casas a laboratorios teatrales”, comprende los solares, casas o bodegas que han sido adaptadas por los artistas a los requerimientos del espectáculo que cultivan. La fachada de estos teatros, ubicados en las zonas céntricas de la ciudad, no se diferenciaría de otras del vecindario, a no ser por algún aviso sobre la puerta de entrada o por un cartel divulgativo. Por el contrario, la mayoría de los teatros que ocupan un espacio en los barrios populares, sus fachadas